

1.º de Junio de 1906. Año III. N.º 59.



Su primer delito.—Conducida al correccional.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

Arsenio Lupin, con una facilidad prodigiosa que su incomparable ingenio le facilita, logra su evasión, pero quiere más celebridad y vuelve á presentarse voluntariamente en su celda, para volver á fugarse después de haberlo anunciado nuevamente.

El tiempo está delicioso, los cafés llenos de gente; Arsenio Lupin, después de su evasión, va á la terraza de uno de ellos.

Pide un bock y un paquete de cigarrillos. Bebe su vaso á pequeños sorbos y fuma tranquilamente un cigarro. Por fin se levanta y dice al mozo que llame al conserje del café.

El conserje viene y Arsenio le dice bastante alto para ser oído de todos:

—Estoy desolado, señor mío; he olvidado mi portamonedas. Sin embargo, mi nombre creo que le será bastante conocido para que me conceda crédito por algunos días: me llamo Arsenio Lupin.

Su interlocutor le mira, creyendo sea un bromista; pero Arsenio repite:

—Sí, Lupin, detenido en la Santé, actualmente en estado de evasión. Creo que este nombre le inspirará á usted entera confianza.

Y se aleja en medio de las risas generales y sin que el otro piense siquiera en delatarlo.

Atraviesa la calle de Souffot oblicuamente y toma la calle de Saint-Jacques.

Ha seguido tranquilamente, parándose en los escaparates y fumando cigarrillos. Sigue hacia la calle de la Santé, llega cerca del guardia que está de vigilante en la puerta de la cárcel y quitándose el sombrero le dice:

—¿Es esta la prisión de la Santé?

—Sí.

—Yo quisiera volver á mi celda. El coche me ha dejado en el camino y no quisiera abusar...

El guardia gruñe:

—Hombre, no sea usted tonto; siga su camino y no moleste.

—Perdón; pero mi camino es por esa puerta. Y si impide usted que Arsenio Lupin la franquee, podrá costarle caro, amigo mío.

—¡Arsenio Lupin! ¿Qué es lo que está usted diciendo?

—Siento no tener mi tarjeta—dice Arsenio, haciendo como que busca en sus bolsillos.

El guardia, asombrado, le mira de pies á cabeza. Después de un momento, como á disgusto, tira de la cadena de la campanilla. La puerta se abre.

Algunos minutos después, el director acude gesticulando y lleno de cólera. Arsenio sonríe.

—Vamos, señor director, no represente usted sutilezas conmigo. ¡Cómo! Se tiene la precaución de conducirme solo en el coche, se prepara un buen obstáculo y se piensa que voy á echar á correr para reunirme á mis amigos. ¿Y los veinte agentes de la Seguridad que nos escoltan á pie, en coche y en bicicleta? No; ellos se hubiesen encargado de hacerme pasar un mal rato. No hubiera salido vivo. Dígame usted, señor director, ¿puede ser como se lo he contado?

Encoge los hombros y añade:

—Ruego á usted, señor director, que no se ocupe más de mí. El día que yo quiera escaparme, lo haré sin necesidad de nadie.

Al día siguiente, *L'Echo de France*, que decididamente venía siendo el monitor oficial de los hechos de Arsenio Lupin, publicaba los detalles más completos sobre esta evasión. El texto de las cartas cambiadas entre el detenido y su misteriosa amiga, los medios empleados para esta correspondencia, la complicidad del policía, el paseo por el boulevard Saint Miguel, el incidente del café Souffot, todo estaba descubierto. Se sabía que las pesquisas del inspector Dieuzy sobre los mozos de los restaurants no habían dado resultado. Y se sabía otra cosa estupenda, que ponía de manifiesto la infinita variedad de recursos de que este hombre disponía: el coche penitenciario en el cual se le había transportado, era un coche enteramente cambiado, que su banda había sustituído por uno de los seis coches que habitualmente hacen el servicio de la prisión.

La evasión próxima de Arsenio Lupin no hizo dudar á nadie. El mismo, por otra parte, la anunció en términos categóricos, como lo prueba la contestación á M. Bauvier, el día posterior al del incidente.

La justicia se enerva y Lupin permanece tranquilo.

—Escúcheme usted bien, señor mío, y fíese en mi palabra: esta tentativa forma parte de mi plan de evasión.

—No le comprendo á usted—dice el juez sonriente.

—Es inútil que lo comprenda.

Y como el juez, en el curso de este interrogatorio, que se publicó íntegro en *L'Echo de France*, volviera á reanudar la instrucción del sumario, él dice con aire de cansancio:

—¡Dios mío, qué bueno! ¿todas estas cuestiones tienen alguna importancia?

—¿Cómo alguna importancia?

—No, puesto que no asistiré á mi juicio.

—¿No asistirá usted?

—No; esta es mi idea fija, mi decisión irrevocable. Nada me hará transigir.

Tal seguridad, las indiscreciones inexplicables que se cometían cada día, enervaban y desconcertaban á la justicia. Había secretos que sólo conocía Arsenio Lupin, y su divulgación, por consiguiente, no podía venir más que de él. Pero ¿de qué medios se valdría para ello?

Se cambia á Arsenio Lupin de celda. Una tarde le trasladan al piso inferior. El juez acaba la instrucción del sumario y lo envía á la audiencia.

Transcurren dos meses. Este tiempo lo pasa Arsenio acostado sobre su cama, con la cara vuelta hacia la pared. Este cambio de celda parece que le ha abatido, no quiere recibir á su abogado. Apenas cambia palabras con sus guardianes.

Todas las mañanas el prefecto de Policía pregunta á su secretario:

—¿No se ha escapado todavía?

—No, señor prefecto.

—Entonces, será mañana.

La víspera del proceso, un señor se presenta en las oficinas del *Grand Journal*, pregunta por el colaborador judicial, le arroja una tarjeta á la cara y se aleja rápidamente. La tarjeta tiene escritas estas palabras: «Arsenio Lupin cumple siempre sus promesas».

En estas condiciones se abre el juicio.

La afluencia es enorme. No hay nadie que no quiera ver al famoso Arsenio Lupin y saborean de antemano la manera cómo se burlará del presidente. Abogados y magistrados, cronistas, artistas y mujeres galantes, todo París se aprieta sobre los bancos de la audiencia.

Está lloviendo; fuera, el día es sombrío, se ve mal á Arsenio Lupin cuando los guardias le introducen. Sin embargo, su actitud ruda, la manera con que se deja caer en el banquillo, su inmovilidad indiferente, no predisponen en su favor. Muchas veces su abogado le dirige la palabra. El baja los ojos y no contesta.

El escribano lee el acta de acusación; después el presidente dice:

—Acusado, levántese. ¿Su nombre, apellido, edad y profesión?

Con voz fatigada articula:

—Baudru Désiré.

Suenan grandes murmullos; pero el presidente replica:

—¿Baudru Désiré? ¡Ah! Está bien; como le parecen á usted pocos los ocho nombres que ha usado, toma otro nuevo, tan imaginario como aquéllos. Nos atendremos, si usted quiere, á Arsenio Lupin, bajo el cual ha adquirido más fama.

El presidente consulta sus notas y dice:

—A pesar de todos los esfuerzos, ha sido imposible reconstituir su identidad. Presenta usted el caso original en nuestra sociedad moderna, de ignorar su pasado. No sabemos qué ha hecho usted anteriormente, de dónde viene, dónde ha pasado su infancia. Aparece de pronto y durante tres años como un ser compuesto, mezcla de inteligencia y perversión, de inmoralidad y de maldad. Los datos que tenemos sobre usted, anteriores á aquella fecha, son más bien suposiciones. Es probable que el llamado Rostat, que trabajó durante ocho años con el prestidigitador Dickson, sea Arsenio Lupin. Es probable también que el estudiante ruso que frecuentó durante seis años el laboratorio del doctor Altier, en el hospital de Saint-Louis, no sea otro que Arsenio Lupin. Arsenio Lupin, igualmente, el profesor de lucha japonesa que se establece en París bastante antes de hablarse del *jiu jitsu*. Arsenio Lupin, creemos, el corredor ciclista que ganó el Gran Premio de la Exposición, cogió sus 10 000 francos y no volvió á parecer más. Arsenio Lupin puede ser también aquel que salva tanta gente por la lumbrera del Bazar de la Caridad... y los despoja.

Y después de una pausa, el presidente concluye:

—Tal es esa época, que parece no haber sido más que una preparación minuciosa para la lucha que ha entablado contra la sociedad. ¿Reconoce usted la exactitud de los hechos?

Una afirmación de Ganimard.

Durante este discurso, el acusado está balanceándose de una pierna á otra y con los brazos caídos. Bajo la luz más viva, se ven sus extremidades flacas, sus mejillas hondas, sus pómulos salientes, su rostro de un color tierra, lleno de pequeñas placas rojas y provisto de una barba desigual y rara.

La prisión le había envejecido extraordinariamente. No se reconocía en él la silueta elegante y el rostro simpático que aparecía en los periódicos que habían publicado su retrato.

Habiendo dicho que no entendía la cuestión de que se le hablaba, le fué repetida dos veces. Después levanta los ojos, parece reflexionar y haciendo un esfuerzo violento exclama:

—Baudru Désiré.

El presidente se echa á reir.

—No me doy cuenta exacta del sistema de defensa que ha adoptado usted. Si es de representar el papel de imbécil ó irresponsable, líbrese usted. En cuanto á mí, iré derecho al final; sin cuidarme de sus fantasías.

Entra en el detalle de los robos y reprocha á Lupin. A veces interroga al acusado, que da un gruñido y no responde.

Comienza el desfile de testigos, casi todos ellos insignificantes; pero el inspector general Ganimard despierta gran interés.

Está inquieto, muchas veces vuelve los ojos al acusado, con

un tormento visible. Sin embargo, con las manos apoyadas en la barandilla, reconoce los incidentes á los cuales había estado mezclado, su persecución al través de Europa, su llegada á América. Expone con elocuencia los detalles de las más emocionantes aventuras. Pero hacia el fin, habiendo hecho alusión á sus conversaciones con Arsenio Lupin, se detiene distraído, indeciso. Se ve claro que otro pensamiento le tiene obsesionado. El presidente le dice:

—Si está usted malo, podemos interrumpir su declaración.

—No, no; solamente...

Se calla, mira al acusado larga y atentamente y dice:

—Pido autorización para examinar al acusado más de cerca. Aquí hay un misterio que es preciso poner en claro.

Se aproxima, le examina más de cerca con toda atención. Después vuelve á la barandilla y con tono algo solemne exclama:

—Señor presidente, afirmo que el hombre que está aquí, delante de mí, no es Arsenio Lupin.

Un gran silencio acoge estas palabras El presidente desconcertado grita:

—¡Ah! ¿qué es lo que dice usted? ¿está usted loco?

El inspector afirma sosegadamente:

—A primera vista, existe un aire de semejanza; pero basta un segundo de atención: la nariz, la boca, los cabellos, el color de la piel .. en fin, todo; éste no es Arsenio Lupin. Y sobre todo los ojos; jamás ha tenido él esos ojos de alcoholizado.

—Veamos, explíquenos; ¿qué pretende usted testimoniar?

—Lo que sé. El habrá puesto en su lugar á ese pobre diablo, á quien condenarían en vez de á Lupin... A menos que no sea su cómplice.

El presidente manda llamar al juez de instrucción, al director de la Santé, á los guardianes y suspende la sesión.

El juez, M. Bouvier, y el director, puestos en presencia del acusado, declaran que no tiene con Arsenio Lupin más que una vaga semejanza en la fisonomía.

—Entonces—grita el presidente—, ¿quién es este hombre? ¿De dónde viene? ¿Cómo se halla en manos de la justicia?

Se introduce á los guardianes de la Santé. ¡Contradicción extraordinaria; ellos reconocen en el detenido al que habían vigilado! El presidente respira.

Pero uno de los guardianes replica:

—Sí, sí, yo creo que sí es.

—¿Cómo, cree usted?

—¡Diantre! apenas lo he visto. Hace dos meses permanece oculto contra la pared.

—Pero ¿y antes de esos dos meses?

—¡Ah! antes no ocupaba la celda 24.

—Estamos, entonces, en presencia de una sustitución que se habrá efectuado en el transcurso de los dos meses. ¿Cómo se lo explica usted?

—Eso es imposible.

—¿Entonces?

Desesperado el presidente, se vuelve al acusado y con voz amistosa, le dice:

—Veamos, acusado, ¿podría usted explicarnos cómo y cuándo ha caído en poder de la justicia?

No responde. Por fin, hábil y dulcemente interrogado, después de pronunciar algunas frases, resulta que dos meses antes había sido enviado al Depósito, acusado de una pequeñez. Allí había pasado una noche y una mañana. Después estuvo en la celda 24, sin pesar... comiendo bien... no durmiendo mal y por eso no había protestado.

Todo esto parecía verosímil. En medio de una gran efervescencia, el presidente aplaza el asunto para otra sesión.

Ocho semanas antes, el llamado Baudru Désiré, había ingresado en el Depósito. Absuelto al día siguiente, salía de él á las diez de la mañana. Este día, á la misma hora y una vez interrogado por última vez, Arsenio Lupin volvía á su celda.

(Del *J'ai sais tout*). (*Continuará.*)

Un baul ocultando á un ladrón.

Llega á nuestras noticias la perpetración de un robo en la ciudad de Florencia (Italia), que por lo original deseamos hacerlo saber á nuestros lectores, publicándolo gráficamente.

Un célebre ladrón de levita dedicóse á hacer el amor á una simpática joven que ejercía el cargo de doncella en casa del conde X, consiguiendo subyugarla hasta tal punto, que al poco tiempo llegó á disponer á su antojo de sus servicios y con fianzas hasta el extremo de hacerla ser infiel y cómplice en sus planes criminales.

A los pocos días transcurridos y con la ayuda de la joven, consiguió introducirse en la casa encerrándose en un baul de la doncella, que ella misma se encargaba de abrir á altas horas de la noche cuando todos se hallaban profundamente durmiendo. Entonces el ladrón salía de su voluntario encierro provisto de finísimas herramientas y dirigiéndose á la habitación que le convenía, descerrajaba con gran maestria el mueble ó muebles que su amante la doncella le indicaba y efectuaba el robo con la mayor tranquilidad; encerrábase otra vez en el baul con el botín, que siempre eran objetos de poco bulto, como alhajas con priedras preciosas, billetes de banco, etc., hasta la siguiente noche, que volvía á repetirse el saqueo.

Todo marchaba bien para el ladrón y su cómplice; mas como los dueños notaran la falta de algunas alhajas, pusiéronse sobre acecho dando conocimiento á los *carabinieri* (similares á nuestros guardias civiles), de cuyo cuerpo se apostaron en casa del conde X dos parejas en sitio conveniente.

Aquella misma noche oyeron ruído en una de las habitaciones, viendo una sombra desaparecer en ella, mas como no había puerta de salida ni más muebles que un baul, se acercaron los agentes de la autoridad á examinarlo y al levantar la tapa apareció el ladrón en actitud amenazadora, blandiendo un puñal en su mano derecha, cual representa nuestro grabado. Rehechos de la sorpresa los *caral inieri*, se avalanzaron á él, consiguiendo desarmarle, y sujetándole codo con codo, le condujeron á la cárcel, encerrándole, no en un baul, sino en un lóbrego calabozo.

Las alhajas y todo lo robado en las dos noches de saqueo estaban en el baul y fueron reintegrados á sus dueños.

La enamorada é infiel encubridora, tuvo que ir á la cárcel haciendo compañía á su *Adonis*, aunque, como es natural, en otro distinto departamento.

Episodios de la Guardia civil.

Corría el año de 1852.

Celebrábase una feria en Almazán, pueblo de la provincia de Soria, á la que concurrían gran número de comerciantes y de mercaderes de todas partes.

Siendo la afluencia de las gentes tan considerable, el jefe de la Guardia civil de la línea, que era entonces el capitán D. Frutos Reyes, que estaba destacado en Berlangá, marchó con unos cuantos guardias á la villa de Almazán, con el objeto nó sólo de velar por el orden público, sino también para evitar toda clase de delitos.

Su presencia en el pueblo inspiró desde luego la más completa confianza á compradores y comerciantes, lo mismo que se la inspira al viajero la pareja de los guardias que encuentra recorriendo su trayecto de camino, ante cuya presencia exclama:

—Ya puedo viajar tranquilo.

Pero no siempre es una verdad, desgraciadamente.

Hay hombres tan atrevidos y criminales que, bastante sagaces para burlar la vigilancia de los guardias y consumar sus designios criminales, creen también que después de perpetrar el delito podrán escapar de su persecución.

Esto sucedía entonces.

Mientras que el capitán Reyes y sus guardias paseaban por las concurridas calles de Almazán, seis bandidos tomaban posiciones en los montes de Oca, dispuestos á robar á todos cuantos por aquellos sitios transitaran.

Armados perfectamente, y en número de seis, se creían con fuerzas para sostener un combate con la pareja de la Guardia civil que acudiese en socorro de sus víctimas.

Su plan estaba perfectamente meditado, y se prometían felices y prósperas consecuencias.

Acaso un accidente casual vino á aumentar esas esperanzas, mientras que infundía cierto desaliento en los que tenían que exponer sus intereses á un camino que acaso no creían muy seguro, según sus presentimientos.

Tranquilo estaba el capitán Reyes meditando la manera mejor de distribuir sus guardias para asegurar los caminos mientras que durara la marcha de los feriantes á sus respectivos pueblos; mas un accidente imprevisto le hizo variar instantáneamente de plan, para acudir á punto de mayor peligro.

Recibió un parte de Berlanga en el que se le decía que estaban ardiendo varias casas, contándose entre ellas la misma casa-cuartel de la Guardia civil.

Inmediatamente reunió sus guardias y montando á caballo, partió del pueblo de Almazán al lugar del siniestro.

Apenas llegó á las tapias de Berlanga, sin dar un momento de descanso á sus subordinados, se dirigió apresuradamente, no á la casa-cuartel, sino á las de los particulares, que en aquellos momentos devoraban las llamas.

La consternación y la más profunda ansiedad estaban retratadas en todos los semblantes.

No bien estuvo el intrépido capitán Reyes frente del incendio, tendió una mirada sobre el espacio que dominaba el destructor elemento, y reflexionando un instante distribuyó sus guardias y empezó su obra de salvación.

A los pocos instantes de haber empezado los trabajos logra aislar completamente el fuego, y poco tiempo después consigue dominarlo y aun extinguirlo.

Su actividad y su arrojo vencen cuantas dificultades se oponen á sus deseos, y después y aun durante el incendio, cuida de las personas y de los bienes de los infelices á quienes tal vez dejaba en la miseria aquel siniestro terrible.

Mientras que los habitantes de Berlanga contemplaban con asombro salir á los guardias de entre los escombros llenos de cenizas y chamuscados sus uniformes, el capitán Reyes los reunía, les dirigía algunas frases cariñosas, y les daba órdenes para correr á salvar de las llamas su propia morada.

Parten apresuradamente, entre los gritos de admiración y de entusiasmo de las gentes que se habían reunido en el sitio de la fatal ocurrencia, y á pesar de la fatiga y del cansancio, empiezan de nuevo sus trabajos.

El fuego tomaba entonces un espantoso incremento.

Los guardias no retroceden ante el peligro y se lanzan en distintas direcciones para luchar con el voraz elemento; pero la voz del capitán les hace retroceder.

Cuando el capitán Reyes, dadas sus órdenes, se preparaba también á tomar parte en los trabajos para apagar el fuego de la casa-cuartel, un hombre, atravesando por entre la multitud, llega hasta él y le entrega un oficio.

Rompe el sobre y lee el contenido á la luz de las llamas. Era un parte en el que se le daba cuenta de la conspiración fraguada por los seis ladrones en los montes de Oca, dispuestos á robar á todos cuantos feriantes transitaran por aquel sitio.

Entonces fué cuando dió la voz de alto.

El bizarro capitán quedó pensativo por unos momentos.

¿Qué hacer en trance tan terrible?

Si marchaba á los montes en persecución de los bandidos, la casa cuartel, presa entonces de las voraces llamas, á su regreso la vería convertida en un montón de escombros.

Si, por el contrario, trataba de apagar primero el fuego, acaso llegaría tarde y los foragidos habrían consumado algún crimen.

En esta disyuntiva se decidió por el socorro de las personas. Consideró que entre dos pérdidas, la menor era la de la casa cuartel, mientras que los ladrones podrían no sólo robar á los viajeros sino también asesinarlos.

Reunidos, pues, los guardias á su voz, les manda que se armen, y éstos ejecutan sus órdenes con la mayor presteza.

Ni el uno ni los otros se quejan del viaje que tienen que emprender, después de las rudas tareas que acababan de desempeñar.

Monta el capitán Reyes á caballo, y marcha á la cabeza de los guardias, á la vista de la absorta muchedumbre, que no acierta á explicarse aquel repentino cambio, y mayormente en unos momentos tan críticos.

Fuera ya de las tapias de Berlanga, el capitán comunica á los guardias el hecho, y da á todos y cada uno de ellos sus instrucciones.

La noche era bastante obscura, por cuya razón la marcha se hacía más difícil y penosa.

La empresa, además, ofrecía grandes dificultades, porque de no hallar á los ladrones y sorprenderles, aquellos esfuerzos eran perdidos, y no se conseguía el objeto de asegurar los bienes, la libertad y hasta la vida de los feriantes, muchos de los que, tal vez en aquellos momentos, muy ajenos al peligro, salían de la villa de Almazán en dirección á sus casas.

Continuando su precipitada marcha empezaron á internarse en el monte.

Volvió de nuevo el capitán á recordarles las órdenes que les había dado y las prevenciones que les hizo al salir de Berlanga, y colocándoles en ala empezó la batida.

Dejemos avanzar á estos verdaderos héroes, en los que no habían podido hacer mella el cansancio y la fatiga, para ver qué escenas tenían lugar en los matorrales próximos al camino.

Conocedores los bandidos del terreno que eligieran para lleva á cabo sus fechorías, aguardaban por minutos al paso de las gentes que regresaban á sus casas de la feria de Almazán,

Y tanto más cofiaban en el buen resultado de su empresa, cuanto que desde aquel punto se divisaban claramente las llamas del incendio, y creían, y no sin razón, que la Guardia civil estaría ocupada en apagarlo. Pero esta vez se equivocaban.

—Mira—dijo uno de los ladrones al compañero que tenía al lado—, por esta vez no hay que temer á los guardias. En Berlanga arden algunas casas y aun me atrevería á decir que una de ellas es la casa cuartel.

—Ciertamente—contestó el interpelado—; yo creo lo mismo que tú.

—Si nos faltaba luz para nuestra obra, ya la tenemos—repuso otro

—¡Oh!—exclamó uno de ellos—mientras que nos alumbre ese candil, no hay cuidado que nos sorprendan.

Y siguieron conversando en voy baja.

En esto los guardias se encontraban á unos cien pasos de los bandidos.

Al pasar una pareja de aquéllos por entre un matorral, tuvieron que romper unas ramas de los arbustos que les impedían el paso. Este rumor llegó á oídos de los ladrones.

—¿Oís?—dijo uno de ellos.

—Sí—replicó otro—; me parece haber percibido un rumor de pisadas por esa parte—y señaló á su derecha.

—Ojo alerta, no sea que la Guardia...

—¡Bah! ¡bah!—exclamó el que parecía hacer de jefe—á ésa no hay que temer hoy: ¿no véis allí la candileja encendida?—y tendió su mano apuntando con el índice á las llamas que salían de Berlanga.

—Sin embargo—repuso otro—bueno es estar prevenidos; coged las armas.

—Sí sí—dijo aquél—; tomad las armas y asomáos dos por ese matorral que da al camino, no sea que se nos escapen esos pícaros de tenderos y otros pajarracos de cuenta.

Obedecieron los bandidos, y los dos indicados bajaron al matorral y se pusieron en observación.



Los guardias, que cada vez se acercaban más á los ladrones, oyeron, aunque confusamente, esta conversación.

Uno de ellos, el que caminaba delante de todos, hasta percibió y pudo recoger alguna palabra, que le hacía sospechar que aquéllos eran los ladrones.

—Mi capitán—dijo—, los bandidos están, indudablemente, tras de ese espeso matorral.

—Así lo creo—contestó aquél—; y es preciso marchar lentamente, sin meter el menor ruído, hasta llegar cerca de ellos y cercarlos, si es posible, para que no se escapen.

Y continuaron la marcha.

No habían pasado cinco minutos de esto, cuando de nuevo llegó á oídos de los guardias otro rumor, como si fuera causado por los pasos de varias personas. Y con efecto, no se engañaban, porque los ladrones, al oir, á su vez, el ruído que hacían los guardias, se habían levantado del suelo y preparado á la defensa.

A diez pasos ya unos de otros, el capitán Reyes da el «¡Quién vive!»

Los bandidos amartillan entonces sus trabucos.

Repite nuevamente, el capitán el «¡Quién vive!», y una descarga es la contestación que le dan los foragidos.

Afortunadamente deja ilesos á los guardias.

—¡A ellos!—gritó entonces el incansable oficial, á tiempo que su caballo caía herido.

Semejante contratiempo le llena de cólera, y sin cesar de gritar «¡A ellos!», hace desesperados esfuerzos para levantarse, consiguiéndolo al fin, cuando los ladrones huían por el monte, dispersos y llenos de pavor.

En aquellos momentos, los guardias, rendidos de tantas fatigas, no pudieron continuar en su persecución, pero el capitán Reyes logró su objeto, librando á los feriantes de la pérdida de sus intereses y aun de la misma vida.

Tan brillantes servicios, y en tan poco espacio de tiempo prestados, prueban, no sólo el valor y la inteligencia del bizarro capitán D. Frutos Reyes y el arrojo de los guardias, sino también la incansable constancia y abnegación con que se entregaron á la salvación de los intereses ajenos, á costa de sus propias vidas.

Nosotros nos abstenemos de tributar los muchos y merecidos elogios á que sus autores se hicieron dignos; pero dejamos que el público se los tribute desde el fondo de su alma, porque ante servicios como el que acabamos de narrar, nunca se aprecia ni se elogia todo lo que merece la benemérita Guardia civil.

Guardia civil.—Importante servicio.

El gobernador civil de Ciudad Real, en telegrama oficial, dice al señor ministro de la Gobernación:

«Habiéndoseme hecho la confidencia de que había sido secuestrado el vecino de Almodóvar del Campo don Francisco Molina Carrasco, y que á la familia se le exigía por su rescate, bajo amenaza de muerte del secuestrado, 60.000 pesetas, con la urgencia del caso llamé al jefe de la Guardia civil, con el que conferencié, acordando lo pertinente para realizar el servicio con la mayor reserva y seguida de éxito. Por teléfono, en este momento me comunica el indicado jefe que ha sido libertado el secuestrado y detenidos tres de los secuestradores, uno de ellos herido, y que otros cuatro son perseguidos activamente. Por el momento no conozco detalles de la forma en que se ha llevado á cabo el servicio de manera tan brillante por la Guardia civil.»

Esta es la Guardia civil española, la que jamás ha necesitado que la *jaleen* para cumplir con sus deberes, y aunque parcos, muy parcos, para recompensar sus meritísimos servicios, su abnegación y sus virtudes, cada día los desempeña con más entusiasmo y siempre con brillantes resultados. Otro aplauso más al benemérito Cuerpo.

Carabineros.—Recompensa merecida.

Bajo el epígrafe de «Honradez sublime», tuvo el honor esta Revista, en su número 57, de publicar el acto de honradez, encomiástico por todos conceptos, realizado por los individuos del Cuerpo de Carabineros Manuel Elena y Francisco Bayona, al devolver á una señora la importante cantidad de 100.000 pesetas, que había perdido, y encontrada en la calle por tan dignos individuos, por el cual hecho pedíamos una recompensa para premiar tanta honradez.

Acertados estuvimos, como lo demuestra el telegrama expedido en Santander el día 21, que dice así:

«Hoy se ha celebrado con toda solemnidad el acto de imponer, por el teniente coronel de Carabineros, la cruz del Mérito militar al individuo de dicho Cuerpo Manuel Elena y al cabo de mar Francisco Bayona, como premio al acto de honradez realizado por ambos de devolver á una señora la cantidad de 100.000 pesetas que se encontraron en la calle.» Nuestra enhorabuena á estos honrados veteranos, al meritísimo Cuerpo en general y un aplauso muy entusiasta al ilustre general Ochando, director de ese Instituto, que tan bien y oportunamente sabe premiar á sus subordinados.



XII
El talismán de Torquemada.

Al volver á entrar en el palacio inquisitorial, José se fué en derechura á ver al inquisidor Pedro Arbués, que estaba solo en su aposento; pero al exterior se habían doblado las guardias, porque ese motín tan pronto apaciguado, y cuyo estruendo apenas había llegado hasta él, le espantó de tal modo, que á cada instante le parecía ver la puerta de su aposento forzada por asesinos. Era tan cobarde como la hiena que huye á la luz y se sacia de cadáveres.

Pedro Arbués, sentado delante de una mesita de ébano incrustada de nácar, preciosa obra del principio de la restauración de las artes, teniendo la cabeza apoyada entre sus manos, consideraba con atención meditabunda un extraño dijecillo, engastado en oro cincelado.

Era un cuerno de unicornio que había pertenecido á Tomás Torquemada, fundador de la moderna Inquisición en España; este fraile feroz, cuya crueldad fué tanta que horrorizó al mismo Papa Alejandro Borja. Esta «reliquia», que sin saber cómo, fué á parar á manos de Pedro Arbués, según dicen, tenía la virtud de hacer descubrir los venenos y de neutralizarlos.

Pedro Arbués había imitado tanto á Torquemada en sus barbaridades como en su supersticiosa prudencia, y por esto nunca salía de su cuarto el cuerno de unicornio.

Al acercarse José, el inquisidor levantó la cabeza y dijo:

—Y bien, José! ¿qué novedades hay?

—Todo está tranquilo, monseñor, vuestros esbirros han hecho prodigios, y esos charros pronto han sido dispersados.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó el inquisidor...—¿y al pobre Enríquez le ha sucedido algo?

—Nada, monseñor; se han contentado con derribar la puerta de palacio, y Enríquez está en este momento tan seguro como vuestra eminencia.

—¿No han tenido, pues, la intención de dirigirse al palacio inquisitorial?

—Nada de eso, monseñor; ¿quién osaría habérselas con el inquisidor de Sevilla?

—Conque no corro ningún riesgo, ¿no es verdad, José? No se atreverían á asestar tan alto. Tal vez hice mal en nombrar á Enríquez para desempeñar el difícil cargo de gobernador; porque á ese hombre le faltan fuerza y resolución.

—No tanto como vuestra eminencia cree.

—Pero es hombre salido de la nada, ignorante, grosero.

—¿Qué importa, monseñor, Os es fiel, y creedme, la toga de gobernador sienta tan bien en sus hombros como en los de cualquier otro.

—El pueblo echa de menos á Manuel Argoso—dijo Pedro Arbués.—Este hombre tenía una tolerancia culpable para con los herejes y cristianos tibios, y por esto todos le amaban.

—Por ese motivo se revolucionan contra Enríquez, monseñor, y no hay más que un medio de remediar esto, y es redoblando el rigor.

—Sí; es preciso acabar estas revueltas; es preciso que la Inquisición de España extienda su dominio por todo el mundo, y sobrepuje al poder de los Papas. Es preciso que la lepra herética desaparezca para siempre de la superficie del globo.

—Y que el globo entero pertenezca á la Inquisición—añadió José medio serio y medio irónico.

—Es preciso—prosiguió el inquisidor—que las cenizas de los herejes fecunden la tierra y nos la llenen de delicias. Los bienes de este mundo y los del cielo, pertenecen de derecho á los buenos católicos; por lo tanto, únicamente éstos son dignos de gozarlos, los que sólo lograrán á fuerza de perseverancia y de saludables rigores.

—Monseñor, cuantos más herejes y malos católicos inmole la Inquisición, tanto más fuerza y poder adquirirá.

—Sin duda—dijo el inquisidor con una expresión feroz—: y ya lo he previsto, José, pues tendremos unos ciento diez y ocho condenados en el auto de fe inmediato.

—Cincuenta más que en el último, monseñor .. ¿Qué haréis del antiguo gobernador de Sevilla?—prosiguió José al descuido.

—Le trataré como merece, á fuer de hereje luterano—exclamó el inquisidor exasperado por el recuerdo de sus vanas tentativas contra Dolores.

Bien se ve que José lisonjeaba diestramente las pasiones de Arbués, y que la Inquisición no obraba sólo, como se ha querido suponer, por un ardiente fanatismo.

—Hora es ya—prosiguió Arbués—de recoger la herencia que nos ha legado nuestro santo fundador Tomás Torquemada.

En este momento el inquisidor apercibió que José jugaba como un niño con el cuerno de unicornio que estaba sobre la mesa.

—No toques eso, hijo mío—le dijo Pedro, quitándoselo suavemente de las manos—; esta es una preciosa reliquia que no debemos profanar: ella fué la que protegió constantemente la vida del dichoso Torquemada, y la que hoy protege la mía.

—¿Cómo ha venido esta joya á parar á vuestras manos, monseñor?

—Por herencia; por parte de madre, aunque por línea transversal, desciendo de la misma familia que el grande inquisidor de Castilla.

Callóse José, y se apresuró á volver el cuerno de unicornio al lugar de que lo había tomado. El escepticismo del fraile no estaba exento de superstición, porque tenía aún demasiado ardiente la imaginación de los moros para no creer en la virtud de un talismán.

—José—continuó el inquisidor—, ya que Sevilla está tranquila, soy de parecer que hagamos juntos una ligera colación para probar un excelente Lacryma Christi que me ha enviado el nuncio del Papa.

—No tengo apetito—respondió José en tono indiferente.

—No importa, hijo mío; ese vino delicioso le despertará. Llama, pues, y manda que nos sirvan.

José no tuvo tiempo de cumplir las órdenes del inquisidor, porque de repente entró un criado que puso una carta en manos de su eminencia.

—¿De dónde viene?—preguntó Arbués.

—La envía el gobernador de Sevilla—dijo el criado familiar.

Rompió el inquisidor el sello y leyó rápidamente el escrito.

«Monseñor (le decía Enríquez), la abadesa de las carmelitas está muy mala, y ha mandado llamar un franciscano para confesarse, y he creído del caso avisárselo á vuestra eminencia. El fraile debe ir esta misma noche al convento, porque parece que la cosa es urgente. Nada más he podido indagar, y aunque hace dos horas que esta carta está escrita, no he podido enviarla antes á vuestra eminencia á causa del motín que ha turbado la ciudad y puesto en riesgo mi vida.»

—¡Pobre Enríquez!—exclamó el inquisidor, en cuyo rostro, durante esta lectura, se había pintado la más violenta cólera—, ¡cuánto celo tiene para servirme!

—Ya lo véis, monseñor—dijo José sin saber de qué se trataba.

—¡Por Cristo!—prosiguió Arbués—que esa mujer es audaz. Hace llamar á un miserable franciscano, cuando yo soy su confesor; ¿debía acudir á otro que



Un criado puso una carta en manos de su Eminencia pág 90, col. 2.ª)

á mí? Pero ya comprendo—murmuró en voz baja—, teme la muerte, y tal vez... ¡Oh!pero aun es tiempo. . Esa necia podrá comprometerme, es preciso que la vea al momento,

—¡Hola!—dijo llamando á los criados - pronto la litera, que he de salir.

Después, volviéndose á José, que en vano procuraba adivinar lo que pasaba en el alma de Pedro Arbués, le dijo:

- José, la abadesa de las carmelitas se está muriendo, y reclama de mí los auxilios de la religión; como ese negocio es de sumo interés, te dejo; adiós.

Al decir esto, salió del aposento, bajó rápidamente la escalera de mármol de su palacio, subió á la litera y partió.

Estaba ya en la puerta del convento, cuando salió por ella un fraile franciscano que se fué hacia el inquisidor, y al hallarse el uno enfrente del otro, Arbués lanzó una investigadora mirada al rostro del fraile; y á pesar de la obscuridad, esos dos hombres se reconocieron recíprocamente.

Pedro Arbués miró de hito en hito al fraile, y en tono acre le dijo:

—¿Qué habéis venido á hacer aquí?

—A salvar un alma—respondió el franciscano, que era Juan de Avila.

Lanzóle el inquisidor una mirada de enojo, y pasó rápidamente la puerta del claustro.

Al llegar al lecho de la abadesa, calmada ésta por las dulces palabras del apóstol, parecía disfrutar un momento de calma. No estaba gravemente enferma; pero esa mujer de pasión exaltada y robusta, repentinamente acometida por una dolencia que la dejó postrada, hubo de sentir miedo de la muerte y horror de su vida depravada.

No pudiéndose confesar con el cómplice de sus pecados, cuya violencia temía, hizo llamar á Juan de Avila, porque su santidad le inspiraba una confianza sin límites; y en una confesión sincera, la infeliz mujer depositó en el seno de aquel apóstol de la verdad los remordimientos que desgarraban su alma.

¡Oh! ¡cuántas lágrimas debió verter el hombre de Dios sobre la Iglesia de Jesucristo indignamente profanada, al oir las revelaciones de una alma trémula y desgarrada que salían de los labios de la altiva abadesa de las carmelitas!

La enfermedad doblegó su carácter indomable, y los remordimientos, única virtud que queda á los que han pecado mucho, la habían conducido al arrepentimiento. A pesar de las pérfidas insinuaciones y de las mentiras que Pedro Arbués empleó para persuadirla de que no hacía mal, Francisca jamás estuvo tranquila, y había pecado con conocimiento de causa.

—Señora - dijo el inquisidor cuando quedó solo con ella—, ¿por qué habéis llamado á otro confesor y no á mí?

A esta voz conocida, Francisca de Lerma se volvió bruscamente, y recorriendo con una mirada al inquisidor de pies á cabeza, hizo con los labios una señal de desprecio é ironía.

—¿No sabíais, hermana mía—continúo Pedro Arbués con voz melosa—, que tengo poder para absolveros?

—Antes de absolver á los demás—respondió lentamente Francisca—, cubrid vuestra cabeza de cenizas, monseñor; humillad vuestro orgullo en el polvo y orad arrodillado en tierra, para que Dios perdone vuestros crímenes. ¿Con qué derecho hablais de absolver á los demás, vos que habéis pecado tanto?

—Pobre alma extraviada - replicó el inquisidor—; ¿puede acaso haber límites en nuestros derechos y poderes espirituales? ¿No somos Nos el ungido del Señor? ¿Y hay alguna cosa en este mundo que pueda borrar este carácter sagrado? ¿Hemos perdido acaso el derecho de librar á las almas de los lazos del pecado? Por indigno que sea el sacerdote—prosiguió con fingida humildad—, no deja por ello de ser el representante de Jesucristo, y habéis comprometido los intereses de la Iglesia confesándoos con un fraile franciscano, porque todos ellos son nuestros más mortales enemigos.

—Ese fraile es un santo, monseñor, me ha consolado y puesto bien con Dios. Dejadme morir en paz, y no os ocupéis de mi alma.

Después, volviéndose del otro lado, cubrióse Francisca la cabeza con la sábana, como si hubiera querido poner entre ella y el inquisidor el sudario de la tumba.

Convencióse Arbués de que aquella alma se había sinceramente reconciliado con Dios, y que su imperio sobre ella había fenecido, más á fuer de astuto inquisidor, echando sobre su cólera una capa de dulzura y de humildad, se retiró sosegado, sin manifestar su descontento; y juzgando que la enfermedad de Francisca distaba mucho de ser mortal, pensó impedir que viese otra vez á Juan de Avila.

La conversión de Francisca de Lerma era una irrevocable sentencia contra ella.

(Continuará.)

Advertencia

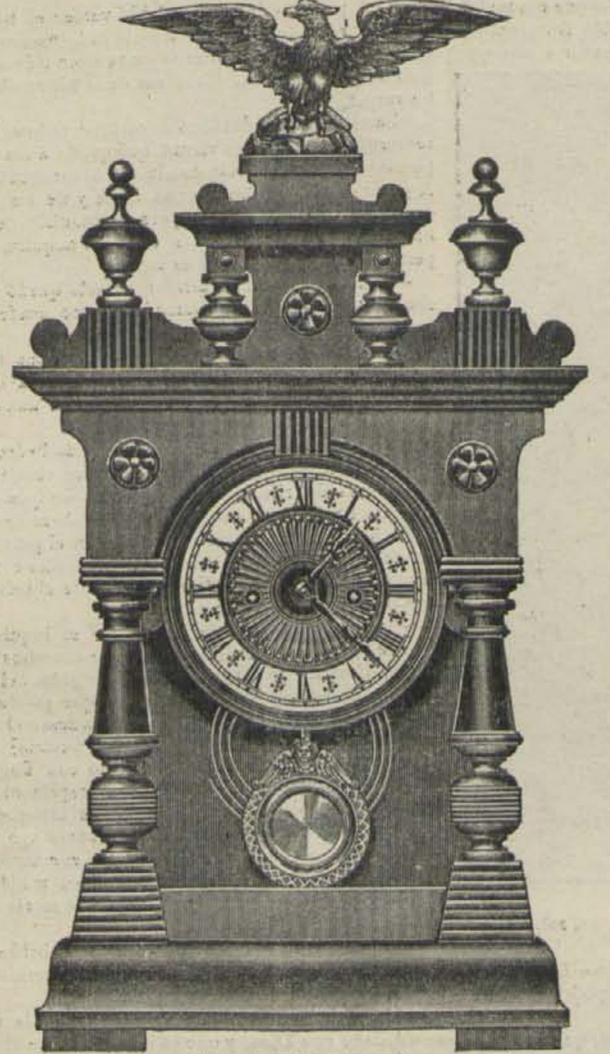
Terminada en el número anterior la novela LOS DRAMAS DE PARÍS, en el de hoy empezamos á dar gran impulso á la publicación de la preciosa é interesantísima LOS TRES MOSQUETEROS, publicando diez y seis páginas hasta terminar el primer tomo, que será en breve, y al comenzar el segundo daremos principio á la publicación de otra sensacional novela que estamos escogiendo, dando en todos los números ocho páginas de cada una.

Todos estos sacrificios los hacemos para que nuestros abonados en poco tiempo reunan una bonita biblioteca compuesta de volúmenes con preciosas y escogidas novelas, todas ilustradas, de MUSEO CRIMINAL.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

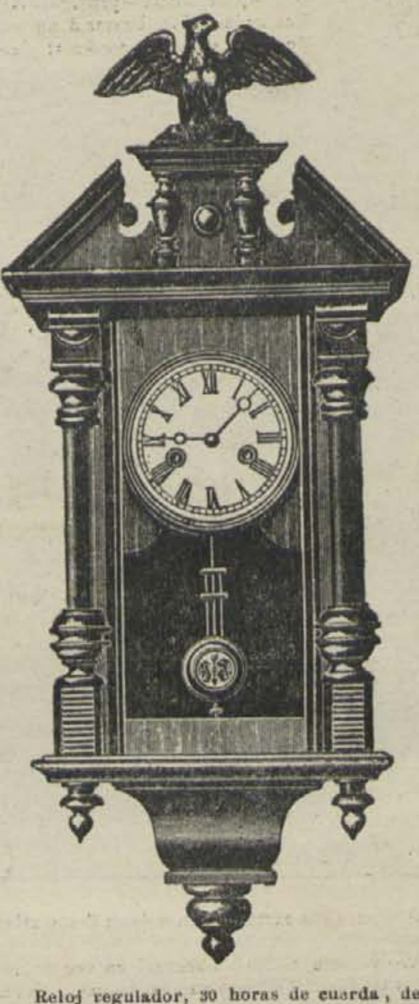
Fuencarral, 59.—Madrid.



¡Novedad! **El Elegante.**

Magnífico reloj de sobremesa; altura, 60 centímetros; madera chapeada nogal; buena máquina, 30 horas cuerda; sonería de horas y medias, con despertador muy fuerte.—**36 pesetas**, franco de porte y embalaje.

En 5 plazos mensuales.



Reloj regulador, 30 horas de cuerda, de doble maquinaria; una especial para despertador, máquina superior: dos campanas, timbre fuerte por despertador. Caja chapeada de nogal, **30 pesetas.**

En 4 plazos.

EL ESPECIAL

Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.



Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59, Madrid.

NOTA. Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior*.
Dicho reloj es un poquito mayor que el representado en este grabado.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.